

LA MUERTE DE FAISAL

LA desaparición del Rey Faisal de Arabia Saudita introduce factores nuevos en dos sectores trascendentales de la política mundial (la lucha de Oriente árabe y la economía energética); pero no se sabe cuáles. No se sabe, de momento, a quién va a beneficiar su muerte, a quién va a perjudicar, en qué medida va a alterar el inverosímil equilibrio de la zona. Faisal era en sí mismo un gobernante inverosímil, sostenido en el cúmulo de una serie de contradicciones a las que había querido dar a fuerza de distorsiones semánticas de la realidad un aspecto de lógica. Citamos una sola frase de Faisal: «El comunismo es una creación del sionismo, proyectado para cumplir los objetivos del sionismo. Su enfrentamiento en el Oriente Medio es solamente una comedia». Sin ser una frase enteramente original (Hitler fue el gran inventor de las relaciones entre comunismo y judaísmo y sus epígonos, supervivientes y sucesores han mantenido como han podido esta idea), resultaba, en cambio, enteramente dislocada en la situación de la que Faisal era gran protagonista. Pero de esta forma unificaba los dos grandes designios de su política, los dos grandes fanatismos de su personalidad: en antisionismo (el antijudaísmo, lisa y llanamente) y el anticomunismo. Nasser le había precedido en este camino, pero no hasta el punto de rechazar la ayuda soviética y las relaciones cordiales con los políticos soviéticos. Nasser era pragmático. Aunque islámico convencido, quiso hacer un régimen moderno. No así Faisal. Faisal mantenía en Arabia Saudita toda la fuerza puritana del Islam de la Edad Media, moderada solamente por la corrupción. El anticomunista Faisal prefirió un «pacto histórico» con Egipto antes que una influencia soviética: suministró a Egipto dinero de su petróleo, y probablemente dinero de los Estados Unidos, para conseguir la evicción de la URSS: así se fabricó la política de Sadat. La idea de que

la guerra de octubre de 1973 estuviese financiada por los Estados Unidos a través de Arabia Saudita es endiablada, pero no ajena a la realidad. Porque Faisal actuó durante los años de su reinado como un gran agente de los Estados Unidos en la zona. No está excluido que su acceso al trono en 1964, mediante la evicción de su hermanastro Saud (que murió en el exilio de Grecia cinco años después), fuese una cuidadosa operación de la CIA. De hecho, la CIA sigue dominando la fortísima policía política de Arabia Saudita, a la que envía sus «asesores». Esta policía es uno de los pilares del trono. Otro es el ejército, instruido en gran parte en Estados Unidos y nutrido con sus armas (el acuerdo más reciente: un contrato por 750 millones de dólares para la adquisición de sesenta aviones de combate «F-5» y la instrucción de sus pilotos en Estados Unidos). El tercero, lo que se llama «el ejército blanco»: las tribus fanáticamente islámicas para las que Faisal era el emir de los creyentes, el representante de Mahoma.

A pesar de todo, la idea de que la CIA pudiese estar detrás del magnicidio, que inevitablemente circula por muchos medios, no sería demasiado inverosímil. Los hombres de la CIA podrían temer, como lo temía Israel, que Kissinger se inclinase por las fórmulas del eje Ryad-El Cairo para asegurar la estabilidad en Oriente Medio. No olvidemos que si la política de Faisal era envejecida, la de Kissinger es retorcida y truculenta. En estos momentos, Kissinger —y el aturdido Ford— tiene sobre todo la obsesión anticomunista, especialmente en la zona mediterránea y en el Sur de Europa. Una obsesión tan fuerte que puede llevar a cualquier extremo, incluso al de forzar a Israel a doblegar su política. Si había que aceptar el antisionismo de Faisal a cambio de asegurar una



Sólo especulaciones se pueden hacer sobre la continuidad del régimen prometido por el nuevo Rey, Jaled, modesto, educado, tímido y tal vez entregado a su hermano Fahd, ahora príncipe heredero. En la foto, Jaled, a la derecha, y Fahd con Nelson Rockefeller junto a un intérprete.



La idea de que la CIA pudiese estar detrás del magnicidio no sería demasiado inverosímil. Los hombres de la Agencia podrían temer, como lo temía Israel, que Kissinger se inclinase por las fórmulas del eje Ryad-El Cairo para asegurar la estabilidad en el Oriente Medio. (En la foto, el secretario de Estado norteamericano, con Faisal).

corriente fuertemente antirrevolucionaria y anticomunista en la zona, quizá Kissinger prefiriese sacrificar a Israel.

EN este aspecto, Faisal aparecía también bastante menos puritano de lo que aparentaba. El Rey que expulsaba a los corresponsales extranjeros si descubría en ellos una ascendencia judía, sentaba con fruición al judío Kissinger a su mesa. Es decir, él también prefería el anticomunismo al antisionismo. Y si por una parte deseaba ardientemente el regreso de Palestina a manos árabes, por otra temía que los guerrilleros palestinos representasen algo mucho más peligroso para «su» mundo: la revolución, el comunismo, el fin del feudalismo: el fin del Islamismo.

CON la misma cantidad de contradicciones ha aparecido su política petrolera. Una política decisiva. Arabia Saudita es el tercer país productor del mundo (detrás de Estados Unidos y de la URSS): sus reservas suponen la cuarta parte de las de todo el mundo. Con este arma, Faisal ha negociado —por medio de su Jeque Yamani—, apareciendo unas veces como moderado, otras como extremista. Si las restricciones de petróleo han aparecido por una parte como una desgracia para Europa occidental, por lo que se le ha acusado en medios conservadores de favorecer así al comunismo que deseaba combatir (el «Post», de Washington, dice ahora, en su necrología del Rey asesinado, que «ha causado más daños a Occidente que ningún otro hombre después de Adolfo Hitler»), en otros aspectos ha favorecido a las compañías intermediarias de Estados Unidos y a la nueva capacidad de presión de Estados Unidos sobre Europa. Era una política muy complicada. Por ejemplo, al producir el año pasado el 13 por 100 más de petróleo de lo que había planeado, cuando los países consumidores habían reducido la demanda por medio de medidas de restricción, había evitado el alza de los precios que otros países productores deseaban y preparaban.

EN general, todo el gran secreto de la política de Arabia Saudita era el de tener varias caras y realizar varias políticas a un mismo tiempo, manteniendo una gran distancia entre lo declarado y lo práctico. Se atribuía la pericia de este juego (por otra parte, no demasiado brillante ni demasiado refinado) a la personalidad de Faisal. Su autocracia hacia de él un hombre clave. Por eso su desaparición introduce factores nuevos y desconocidos.

¿A quién puede beneficiar? Es decir, ¿quién le ha matado? Esto nos llevaría al terreno de las especulaciones de tipo policiaco-político. El arma podría estar cargada por los sionistas, temerosos de un acuerdo con Kissinger (el asesinato se ha producido inmediatamente después del abandono de Kissinger de la zona, fracasado precisamente por la negativa de Israel a aceptar sus condiciones); por la propia CIA de palacio; para desmontar la política del departamento de Estado; por los agentes soviéticos; por los palestinos, temerosos siempre de un acuerdo que pase por encima de ellos, por los intereses petroleros de otros países árabes, por los de algún país europeo... Y, por qué no, podría ser un mero asunto de familia, de una familia donde este género de tratos mutuos no es infrecuente. O por los partidarios de la modernización del país, que Faisal negaba a ultranza: por una burguesía enriquecida y occidentalizada que quiera buscar una salida al estrecho corsé islámico saudita, e incluso buscar una república... La idea del príncipe loco vagando, armado, por los salones de palacio, como un nuevo Hamlet, no es de desdeñar: a veces las cosas son como aparentan. Es una idea desprestigiada. Los grandes periódicos árabes emiten cada uno una hipótesis, según su tendencia. (Anotemos la versión de «As Safir», en Libia: el príncipe asesino es poco estable, «pero no loco»; es una personalidad fácil de influir y podría «haber sido utilizado como instrumento»; educado en Occidente, «era conocido por sus opiniones patrióticas árabes y por su oposición al régimen saudita y otros similares»).

SOLO especulaciones se pueden hacer sobre la continuidad del régimen prometido por el nuevo Rey, Jaled, según el rito mundial acostumbrado. Especulaciones que se basan sobre todo en relatos y análisis psicológicos poco fiables: modesto, educado, tímido, amigo de los nómadas, enfermo del corazón... Quizá entregado a su hermano Fahd, ahora príncipe heredero, y en este caso las especulaciones y la psicología se duplican: Fahd era afecto a Faisal, y su ministro del Interior: ambicioso, dinámico, «play-boy» y jugador...

PARA una política personal, sin consistencia ideológica, autocrática y contradictoria, no puede haber una continuidad pura. Algo va a cambiar grandemente en ese escenario, precisamente cuando el fallo de la misión de Kissinger había dejado la cuestión al rojo vivo y se pronosticaban nuevas batallas. Cualquier augurio carecería ahora de verdadero valor. ■